



LA CULTURA DE LA VIOLENCIA

PABLO BERBEN

Cain no iba al cine. Mientras ulteriores investigaciones no demuestren lo contrario, Cain carecía de receptor de televisión. La idea de la quijada de burro fue personalmente suya, sin influencia ninguna de la civilización de la imagen. La imagen móvil tiene una historia de unas decenas de años, la de la violencia se pierde en lo que se llama la noche de los tiempos. Un manual cualquiera de Historia Universal nos suministrará en un momento docenas de datos, cientos de datos, acerca del ejercicio continuo de la violencia: los Césares de Roma —Suetonio escribió la primera serie de historias para no dormir—, los jinetes —y aun los caballos— de Atila, los tímidos frailecillos de barba rala que atizaban carbones para deposi-

tarlos místicamente en el vértice del seno de la brujita, cualquier noche de San Bartolomé o de los largos cuchillos, la depuración sistemática de la Campana de Huesca... Nadie había aprendido nada de nadie ni estaba influido por nadie. Todo se contaba en romances de juglaría o en palimpsestos borrados y reescritos, y las viejas, con sus declres junto al fuego, eran quizá terribles «mass media». Pero tal hecho precedía al relato. Como ahora.

Se trata de explicar ahora que vivimos en una época de violencia y que hay una gran responsabilidad en los medios de comunicación de masas. El resultado final de un informe oficial en los Estados Unidos, sometido ahora al «Surgeon General» —diríamos mi-

nistro de Sanidad— por un grupo de científicos, con el título de «El impacto de la violencia televisada», que ha costado un millón de dólares y dos años de trabajo, tiende a culpar a la imagen. «Creo —dice uno de sus redactores, el doctor Robert M. Liebert, psicólogo— que la más razonable conclusión es la de que hay una relación entre la violencia televisada y el comportamiento agresivo en la mayoría de los niños normales. Los datos muestran que no sólo una minoría resulta influida». El informe consta de 279 páginas, y los datos e investigaciones forman cinco volúmenes, que aún no son conocidos del público, pero la prensa escrita tiende a considerarlos concluyentes y definitivos. No olvidemos, sin embargo, que la

prensa escrita tiene, y no sólo en los Estados Unidos, ciertos motivos de hostilidad para con los medios audiovisuales.

Sin embargo, la prensa escrita debe saber bien que este tipo de informes y de alegatos tienden generalmente a confundir la causa con el efecto, porque la propia prensa es, desde su fundación, su víctima. La prensa refleja situaciones, las relata y las comenta; cuando esas situaciones son de alguna manera desagradables, se reprime, se castiga y se persigue a la prensa más que a la situación, que suele escapar a los controles. De la misma manera que los Emperadores de China mandaban ejecutar a los mensajeros que les llevaban las malas noticias. ¿No está ocurriendo ahora algo de eso con los

nuevos medios, con la televisión y el cine? Será preciso esperar la lectura de la totalidad del informe y comprobar sus datos para poderse pronunciar en algún sentido.

Algo de lo que se puede dudar es de que la violencia de esta época sea especial. El breve repaso histórico al que antes aludíamos nos da todos los ejemplos posibles de épocas pasadas. Cierto que aún hay supervivientes de los campos de exterminio nazis, y de sus verdugos, que representan una de las violencias más inútiles y más irracionales de la Historia —porque ni siquiera proporcionan un beneficio a sus asesinos—, cierto que en Irlanda, o en Bengala, o en la cámara de torturas de la calle Bubulinas de Atenas, o en casi cualquier lugar del mundo se ven la violencia y la muerte. Pero, ¿qué persona de qué época venida a la nuestra por algún túnel del tiempo podría tirar la primera piedra?

Quienes con más fuerza podemos arrojar esta piedra somos nosotros, los contemporáneos, porque podemos hacer la comparación de lo que es con lo que debería ser. En otros tiempos, las formas de violencia estaban inscritas en el comportamiento general, estaban en la esencia de la vida. En la nuestra se repudia. Y, sin embargo, existe. Creemos que lo que sabemos, la situación actual del humanismo, deben permitirnos librarnos de todas las violencias, de las visibles y las invisibles, y muchas veces sabemos que las violencias visibles no son más que respuestas a las violencias invisibles. Las de los católicos en Irlanda, las bombas y el terrorismo de la IRA, corresponden con su arma posible a las violencias invisibles de los protestantes en los puestos de gobierno, de administración, de policía y de dominio. No admitimos unas ni otras. Pero partimos de la base ideal de una sociedad sin violencias que se nos ofreció y se nos prometió desde la última guerra mundial, por ideologías expandidas en los últimos tiempos de la guerra y en la fundación de lo que iba a ser un mundo nuevo, expresado por la Carta de San Francisco. Es la comparación entre lo que debía ser y lo que es en realidad lo que nos hace considerar esta época como especialmente violenta.

Algunos psicólogos creen, por el contrario a los que firman el informe citado, que la contemplación de la violencia desde fuera, desde la posición del espectador, puede crear, por el contrario, una catarsis. Son los mismos que defienden a los juguetes de guerra que otros psicólogos condenan: si en el niño hay pulsiones agresivas o simplemente creación de agresividad por las tensiones sociales y culturales, la participación impune que supone ver una película con escenas de

violencia puede liberar de ellas, como realizar juegos —que son representaciones— con argumentos violentos puede evitar que la agresividad quede aplazada, reprimida, y se proyecte en la realidad. Es más o menos la aplicación de algunas formas del psicoanálisis y concretamente del psicodrama, que supone que por la representación del conflicto el conflicto puede llegar a desaparecer.

Ciertamente, la proyección de escenas de horror, sobre todo las creadas por la ficción, mientras se prohíben, suprimen o simplemente entrecortan —con la evidente creación de ansiedad— las escenas de amor, parece una contradicción con respecto a las finalidades incruentas que dice tener la sociedad. Una familia normal contempla al día, en su salón-comedor, una buena docena de muertes violentas, sin contar los primeros planos de rostros truculentos del «malo», de las palizas —las golpizas— al bueno, las situaciones de angustia y horror, los monstruos, las amenazas colectivas, la transformación en situaciones sexuales de situaciones de violencia... La mayor parte de estas sensaciones no están contenidas precisamente en los telefilms, sino en la perfidia disfrazada de los dibujos animados, verdadero espectáculo sado-masoquista, en el que hipócritamente nunca aparece la muerte ni ninguna forma de «solución final», pero sí el golpe, la explosión, el daño. Que la mayor parte de los telefilms, los films mayores y los dibujos animados vengan de los Estados Unidos, mientras los europeos prefieren desarrollar algunas formas de ingenio o de sadismo puramente mental, incluso de folletín y cursilería, parece indicar que proceden de una sociedad especialmente violenta en el mundo de hoy, y son producto de ella.

La cuestión parece ésta: las películas de violencia son productos de una sociedad violenta, y no a la inversa. Pero la sociedad tiende a proyectar su culpabilidad sobre sus productos y no sobre las razones de la producción. Los vendedores de películas, las estaciones de televisión, saben bien que obtienen el mayor número de espectadores cuando proyectan ese tipo de narraciones. Es decir, que parecen responder a una necesidad del mercado, a una petición de la sociedad. Esto es lo realmente inquietante. En una sociedad pueden estar dormidos los torturadores, los asesinos, los maniacos, los sádicos, hasta que una situación favorable les despierta y les ponga en marcha. La sociedad alemana estaba formada por violinistas, poetas, químicos, y Hitler les puso en marcha para sacar de dentro al asesino violento. Pero Hitler no disponía de la televisión, sino del dominio de las situaciones. El fratricidio es cosa de siempre. ■

OPS

